

Actividades deuses gregos 2 – 1º ESO

Nome:

Apelidos:

Curso:

Grupo:

Data:

1. Busca en YouTube as palabras claves “Dioses de la Mitología griega y romana Academia Play” e visualiza o video.
2. Clasifica na seguinte lista cada deus ou deusa co seu equivalente romano e o seu símbolo correspondente.

Deus/deusa	Ocupación	Equivalente romano	Símbolo
Zeus	Deus do Ceo, líder dos deuses		
Hera			
Apolo			
Afrodita			
Atenea			
Hermes			
Cronos			
Rea			
Poseidón			
Hestia			
Deméter			
Dioniso			
Artemisa			
Ares			
Hades			

Actividades deuses gregos 2 – 1º ESO

3. Le o mito de Orfeo e Eurídice adxunto neste documento (extraído de Cuentos de la Mitología Griega, Alicia Esteban e Mercedes Aguirre, Ed. De la Torre) e responde:
 - Por quen foi atacada Eurídice?
 - A onde baixou Eurídice tras morrer?
 - Con quen fixo un trato Orfeo?
 - Que instrumento tocaba Orfeo?
 - Como termina o mito?

4. Busca algunha obra de arte (pintura, escultura...) recoñecida baseada no mito de Orfeo e Eurídice, especifica autor, título da obra e século na que foi feita, e destaca o que che gusta ou non che gusta dela. Se non che gusta nada tamén o podes dicir. Liberdade!

III. Orfeo y Eurídice

Por diversas causas, otros muchos héroes tuvieron que bajar a los Infiernos lo mismo que Teseo o Heracles. Uno de ellos fue Orfeo.

Orfeo, hijo de una Musa, era poeta y cantor. Siempre acompañado por su lira, entonaba cantos tan dulces que toda la naturaleza se rendía ante él: las aves se posaban en sus hombros, los animales más fieros de los bosques se le acercaban como inocentes corderillos y hasta las flores y los árboles se inclinaban para escucharle. Tanta era la belleza de su música. Tenía como esposa a Eurídice, una bellísima ninfa de cabellos dorados y piel sonrosada. Juntos eran muy felices.

Un día, Eurídice paseaba sola por el campo, como acostumbraba a hacerlo. Era una mañana soleada y las aguas de un río cercano brillaban como si fueran de plata. De repente y sin que ningún ruido hubiera advertido de su presencia, un hombre se presentó ante ella.

—Hermosa joven, ¿cuál es tu nombre?

—Eurídice.

—Quiero que seas mía...

Antes de que la muchacha pudiera reaccionar, el hombre la abrazó y la arrojó contra el suelo. Ella se debatió ferozmente, golpeando incluso a su atacante con una piedra. Por fin, en un descuido, pudo levantarse y salir corriendo. Tenía las manos manchadas de la sangre de aquel desconocido. Corrió con todas sus fuerzas internándose en el bosque, viendo aliviada que el hombre ya no la seguía, pero ¡ay! de repente, sintió un dolor agudo en un pie, la vista se le nubló y cayó sobre la hierba. Una serpiente acababa de morderla.

A duras penas consiguió arrastrarse hasta la casa donde vivía con Orfeo. Cuando él la vio llegar en aquel estado, la tomó en sus brazos, la acostó sobre un blando lecho, y la



arropó con inmenso cariño. Luego trató de sacar el veneno del pie de su amada esposa.

Pasaron las horas y Eurídice fue empeorando. Consumida por la fiebre, apenas podía hablar ni abrir los ojos, ni tomar alimento alguno. Orfeo, desesperado, hizo sacrificios a Apolo para que su mujer se curara pero todo fue inútil. Al día siguiente la hermosa ninfa cerró los ojos para siempre.

A partir de entonces, Orfeo no pudo volver a cantar. Todos los animales del bosque echaban de menos su música y se acercaban a consolarlo, pero él, recordando siempre a su esposa muerta, lloraba y lloraba sin cesar.

Después de muchas noches de insomnio, tomó una decisión: bajar al reino de Hades a rescatar a su esposa y devolverle la vida.

Con la esperanza de ver de nuevo a su amada, se encaminó un día a la entrada de los Infiernos. Con él llevaba su lira.

Penetró en la oscura caverna que da paso al mundo donde habitan los muertos y recorrió con andar inseguro innumerables pasadizos. Para darse ánimos comenzó a tocar y de las cuerdas de su lira empezaron a salir las notas de una bella melodía, la más bella de cuantas había tocado hasta ahora... De pronto, al volver un recodo, encontró a Cerbero, pero, ante su sorpresa, el fiero y monstruoso animal estaba echado con las orejas tiesas, como embelesado por la música. Manso como un cachorrito, dejó que Orfeo pasara a su lado y continuara adentrándose en la tenebrosa cueva. Más allá, la laguna Estigia con sus frías y negras aguas y su hedor insoportable. Aún le quedaba al joven un largo trecho por recorrer.

Sin dejar de tocar la lira siguió avanzando y un poco más lejos comenzó a oír los lamentos de los condenados. Repentinamente, la música produjo de nuevo un efecto mágico. La caverna dejó de ser fría y maloliente como si



una brisa de primavera se hubiera colado por una rendija. Por un instante cesaron las torturas. La rueda de fuego donde giraba eternamente Ixión se detuvo. Tántalo pudo, al fin, saciar su sed. Sísifo dejó de empujar la inmensa roca que tenía que subir hasta lo alto de una colina desde donde siempre caía al otro lado para tener que empezar de nuevo...



Cuando llegó ante el trono de oro de Hades, el dios de los Infiernos, éste se hallaba junto a su esposa Perséfone. Ambos al verlo sonrieron amablemente.

—Eres un gran músico, Orfeo —le dijeron—, sabes entonar cantos muy bellos. Ven, acércate y deléitanos con tu lira.

Orfeo avanzó hacia ellos.

—No he venido sólo para tocar —repuso—. He venido a pedirlos que me dejéis llevarme a la tierra a mi esposa Eurídice.

—¿Por qué me pides eso? Ella ha muerto. Le corresponde estar aquí, en mi reino.



—Apiádate de mí, Hades, poderoso señor, yo no puedo vivir sin ella. La necesito...

—Algún día, tú también bajarás a los Infiernos y entonces te reunirás con ella.

Orfeo se postró de rodillas.

—Pedidme lo que queráis a cambio —gimió— pero dejadme que me lleve a mi esposa.

Hades guardó silencio un instante. Su corazón empezaba a ablandarse.

—De acuerdo, Orfeo, te concedo que te llesves a Eurídice pero con una condición...

—Haré lo que sea.

—Tú saldrás delante tocando tu lira y ella te seguirá a cierta distancia guiada por la música, pero no debes volver la cabeza para mirarla hasta que hayáis llegado a la tierra, pues, si vuelves la cabeza, ella regresará a mi reino.

El joven, emocionado, agradeció las palabras del dios, rápido como una flecha, se dispuso a recorrer el camino de regreso. El corazón le latía fuertemente por la ansiedad de ver de nuevo a su amada.

Comenzó a andar por los oscuros pasadizos infernales tocando suavemente la lira. De vez en cuando aguzaba el oído tratando de percibir el sonido de los pasos de Eurídice detrás de él, pero nada. No podía oír nada.

Siguió caminando, más lentamente por si acaso ella no podía andar tan aprisa. El recorrido se le hacía eterno y no podía soportar la angustia de no saber si Eurídice seguía de verdad sus pasos. Sudaba por todos los poros de su cuerpo. Sentía que la lira se le escurría de las manos, pero a pesar de todo siguió tocando.

¿Y si el dios lo había engañado? ¿Y si Eurídice no fuera detrás de él?

Las dudas comenzaron a asaltarle. El camino que quedaba era ya muy corto, pero Orfeo sentía que no podría dar



un paso más sin asegurarse de que la joven estaba efectivamente detrás de él.

—Eurídice —susurró—, ¿me oyes? ¿Estás ahí?

Nadie respondió. Sólo las notas que salían de su lira resonaban en las oscuras cavernas.

—Eurídice, contesta.

Nada.

Orfeo comenzó a mirar con el rabillo del ojo por encima de su hombro pero nada. Todo era oscuridad.

Desesperado, volvió totalmente la cabeza. Entonces la vio. Tendía las manos hacia él al ser arrebatada de nuevo hacia las profundidades de los Infiernos.

—¡No! ¡no! —sollozó el joven horrorizado.

Había incumplido las órdenes de Hades y ahora ya no podía hacer nada. Había perdido a Eurídice para siempre.

